



LOS 50 AÑOS DEL TEATRO DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

Claudio di Girólamo

Director y escenógrafo

“...caramba, hombre... ¡Toda una vida!”. Diría don Eustaquio, el entrañable personaje de **Lindo país esquina con vista al mar**.

Y tendría toda la razón.

Si cumplir cincuenta años es, para cualquiera institución, una hazaña en los tiempos de lo desechable, imaginémonos lo que significa para algo tan ligado a lo efímero como lo es el teatro.

Hermosa revancha la del Teatro de la Universidad Católica.

Frente a la multitud de promotores y auspiciadores del consumo rápido y de la consabida ley del menor esfuerzo y el mayor rendimiento, he aquí un hecho que nos propone una reflexión un poco más detenida, para resituarnos delante de un trozo de la historia cultural de este país.

No quiero hoy redescubrir historias ya conocidas o mejor contadas por otros.

Por el contrario, quiero re-cordar, es decir, poner de nuevo en el corazón tantos rostros y tantas vidas que hicieron realidad esta suerte de milagro en la era de la posmodernidad.

¿Cómo es posible que se haya mantenido vivo un sueño durante tanto tiempo? ¿Cómo se han articulado voluntades, a través de los años y de tanta historia vivida y sufrida, para lograr que hoy siga existiendo esta instancia de creación y de investigación artísticas?

No es fácil, y lo sé por experiencia propia, mantenerse fiel a nuestros sueños y al mismo tiempo a la institución que los cobija.

Los años de vida del Teatro de la Universidad Católica han sido muchas veces azarosos y han significado, para algunos de sus miembros, una dosis muy grande de sacrificios y fortaleza para mantenerse fieles a sus propósitos en momentos muy oscuros.

Ha sido duro y nada gratificante el soportar los avatares de la historia reciente del país; el trabajo silencioso y constante para formar nuevas generaciones de teatristas en las aulas y en las tablas, sorteando obstáculos de toda especie.

La historia *antigua* y el ejemplo del compromiso de los que lograron paso a paso construir la utopía los ayudó a seguir por un camino de crecimiento y de definiciones estéticas.

¡Cuántos de los jóvenes creadores se han formado en sus filas! ¡Cuántos de los viejos tercios del teatro independiente hemos pasado por él o por el Teatro Experimental de la Universidad de Chile!

¡Cuántas de las nuevas escuelas de teatro han sido creadas y están dirigidas por actores o directores salidos de la experiencia del teatro universitario!

No es casualidad que los teatros insertos en las universidades de este país nacieran en una misma época y en el corto plazo de apenas dos años. En plena Segunda Guerra Mundial, mientras el mundo se desangraba en otro enfrentamiento, un puñado de jóvenes en el fin del mundo apuesta al arte y a la vida.

Es un pequeño gesto que parece que no cambia nada; tan lejos de lo que se está jugando en los campos de batalla, al parecer, y tan cerca de lo que va naciendo, aún frágil, en las nuevas generaciones de artistas. Entre el 41 y el 43 se consolida el acto fundacional más importante en la historia contemporánea del teatro chileno.

Visto a la distancia tiene un viso de epopeya; de las más valiosas, que se consuman en actos sencillos y poco espectaculares.

En la Facultad de Arquitectura o en el Pedagógico, compañeros y compañeras de curso se juntan en un bar, en una casa, le roban tiempo a las horas de estudio y hablan y hablan y... sueñan. A este sueño se van uniendo alumnos de otras escuelas y el grupo se va agrandando en un ritmo sostenido que genera presiones y comienza a exigir acciones concretas.

La historia de los teatros universitarios es suficientemente conocida y no es mi intención reseñarla de nuevo. Es otro el sentido de estos recuerdos.

Cincuenta años después, es un deber ineludible el reflexionar y el sacar de ello algunas conclusiones que, si bien personales, puedan servir de algo a otros jóvenes del *aquí y ahora* de hoy.

Unos hemos tenido un paso corto en el TEUC, otros aún están allí después de irse y volver, otros más van y vienen hoy en un enriquecedor y benéfico nuevo estilo de relación.

El *teatro convento* de antaño se ha transformado, por lo menos en la intención, en un *laboratorio* en el cual la investigación y la formación de nuevos cuadros de teatristas han tomado un perfil que supera el de la expresión artística en el escenario.

¿Por qué ha pasado eso? ¿Es bueno que así sea? o, por el contrario, ¿Es éste un signo de agotamiento creativo?

La mayoría de aquellos que se formaron en él, hoy lo han dejado y han constituido sus propios grupos tras la búsqueda de nuevas formas estéticas y de relación con el público.

Diría que esta suerte de diáspora se ha vuelto un fenómeno normal en los últimos años y sigue aún hoy con mucha fuerza.

Los jóvenes entran a la escuela *sabiendo* que su meta está fuera del grupo que los cobija y le otorga la formación necesaria.

En el fondo van a que les críen alas para poder volar a otros lados. Y eso es muy bueno.

Ya no se envejece en la propia casa: solamente se vuelve a ella de vez en cuando.

Para recordar, para darse cuenta de cómo los nuevos habitantes la van cambiando y adaptando a las nuevas necesidades y, si nos dejan, aportar nuevas miradas a los ojos de siempre.

Al mismo tiempo, se vuelve para palpar cómo el tiempo pasa y borra huellas, nombres, sonidos y palabras.

Se retoma el contacto con lo *efímero* de nuestra profesión.

Nuestros recuerdos *no son* lo que fueron las actuaciones, las puestas en escena, los aplausos o los fracasos. Lo que llevamos adentro pertenece ya al ámbito de la percepción personal e intransferible. *Mi* teatro de la Universidad Católica *no es igual a ningún otro*.

Y no es que no lo quiera compartir con los demás, (eso es precisamente lo que trato de hacer mientras escribo estas palabras) sino que mi experiencia vital ha teñido irremediamente la verdad objetiva volviéndola *mi* verdad y *mi* recuerdo.

Caras nuevas, ya familiares, se sobreponen constantemente a las otras, las primeras de los años 40 y otras se acumularán después; y obras y alumnos, directores, actores y actrices, investigadores e investigadoras.

En este mismo momento Ana González, Pedro Mortheiru, Paulina Urrutia, Eugenio Diitborn, Alfredo Castro, Fernando Debesa, Germán Becker, Ramón López, Tito Heiremans y Trumper, Piñeiro, Letelier, Celedón, Alvarez y muchos más vuelven como un caleidoscopio a mi mente. Son nombres de resonancias particulares, de gestos, palabras y acciones que el tiempo va acumulando y acomodando en el alma.

Todos ellos han escrito, a su tiempo y a su manera, parte de esta historia que continúa.

El ciclo se cierra y se abre constantemente en un movimiento de sístole y diástole continuas.

La gente viene y va y las obras también.

Tan sólo queda en el interior de cada uno una pequeña luz: lo que ha podido arañar del misterio del teatro.

En el Teatro Municipal, en el Teatro Camilo Henríquez o en las dos salas de la Plaza Ñuñoa se ha desarrollado gran parte de esa historia común. En los muros de esos edificios queda registrada, pero, y eso es lo más importante, es en varias generaciones de espectadores en las que se ha sembrado en forma viva, en muchos lugares, dentro y fuera de Chile.

Sin embargo...

Me preocupa el hoy. No soy pesimista; los que me conocen saben que no podría serlo aunque lo quisiera.

Las nuevas relaciones del entorno con la práctica cultural hacen de ella un riesgoso trabajo.

No siempre se entiende, por parte de las autoridades universitarias, un camino de búsqueda estética en todo lo que conlleva de riesgos y de tentativas, no siempre coronadas por el éxito. La doctrina del autofinanciamiento, tan en boga en este Chile nuevo, puede matar los sueños más audaces y certeros.

Duele algo en lo más profundo de uno mismo cuando, a la luz de ese predicamento, no se acogen proyectos o invitaciones a países amigos que permitirían cotejar, en certámenes internacionales, la real dimensión de los resultados artísticos obtenidos.

Pareciera que el arte teatral, al igual que toda la cultura, es tomada hoy como algo que *se captura, se exhibe, se desmonta y se olvida* como lo expresa muy certeramente Pedro Celedón en un reciente artículo en un matutino de nuestro país, aludiendo al famoso iceberg del pabellón de Chile en la expo-Sevilla.

El *mercado* del arte dicta sus leyes férreas y la imagen de un Estado o una universidad promoviendo y apoyando a la cultura se va diluyendo cada vez más en la conciencia ciudadana.

Hace cincuenta años no pasó eso -las autoridades políticas y de la universidad apostaron a un sueño colectivo- el de acoger las inquietudes culturales de las nuevas generaciones para que pudieran ellas mismas buscar y encontrar sus propios cauces.

No hubo miedo entonces: sí confianza. No hubo *dirigismo*, pero tampoco indiferencia.

Es que la ley del más fuerte y la emergencia espontánea de los *más aptos* no rige en el campo artístico. Se puede imponer ese criterio pero suele pagarse muy caro, la mayoría de las veces, con el estancamiento de la capacidad creativa de todo un pueblo.

Negar el carácter de fragilidad que tiene cualquier intento artístico es dar vuelta concientemente la espalda a un problema que nos atañe a todos.

Esperar o exigir el éxito en toda acción de arte es negar la búsqueda profunda, seria y reflexiva de caminos más idóneos para compartir la belleza con todos, porque todos tienen derecho a ella.

Si una universidad cobija una escuela de arte, en cualquiera de sus disciplinas, pero sobre todo si es de arte dramático, debe entender y asumir sus éxitos y sus fracasos, sus sueños y sus bruscos despertares y, sobre todo, leer en su historia personalísima su propia historia como institución cuyo fin primordial es seguir elaborando cultura, pagando los costos necesarios.

Frente a la plaga de los *cosechadores* debe reencontrarse con su rol fundamental de *sembradora* en la sociedad.

Por suerte, hoy muchos jóvenes siguen deseando y esperando otras investigaciones y otras palabras.

En muchas ocasiones he repetido majaderamente que en la Declaración Universal de los Derechos Humanos falta al artículo 31: el derecho a la belleza.

Es ella en efecto la que nos puede proporcionar una vida más plena y cada vez más humana.

El teatro como instrumento comunicador de belleza es inmejorable.

Aún hoy sigue descansando en la formulación directa, sin mediación de sofisticadas tecnologías que impiden a veces ejercer la imaginación y el diálogo.

Cobijar una escuela y un grupo de teatro no es, definitivamente, un lujo; por el contrario, es un deber que

hay que cumplir con honestidad y disponibilidad.

Hay que dejar de lado el juicio basado en la cuantificación de los esfuerzos y los beneficios y reemplazarlo por otro, que se funda en la calidad de la siembra y del producto logrado.

Sé que todo lo que he dicho aquí tal vez no cambie nada.

Me basta con que alguien que lo lea sienta por un momento que no está solo. Que hay algunos, y tal vez más de lo que se puede sospechar, que seguimos amando este viejo ritual de re-presentarnos a nosotros mismos como somos y como quisiéramos ser- que aún creemos en la fuerza del teatro para remecer conciencias, que asumimos y queremos nuestra marginalidad de siempre y que, desde allí, tratamos de penetrar en el mundo íntimo de las individualidades para ayudar a reconstruimos como seres solidarios y como sujetos capaces de crear instancias de más vida.

¡Feliz cumpleaños número cincuenta, querido y entrañable, viejo y joven amigo!